



Adalbert STIFTER, «La misericordia» y «Muerte de una joven»

Adalbert STIFTER, «Die Barmherzigkeit» and «Der Tod einer Jungfrau»

Traducido por PAULA QUIJANO PEÑA

Universidad Europea del Atlántico y Universidad del País Vasco

Dirección de c/e.: paula.quijano@uneatlantico.es / pquijano001@ikasle.ehu.eus

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7819-4050>

Recibido: 29/3/2021. Aceptado: 14/4/2021.

Cómo citar: Stifter, Adalbert, «La misericordia» y «Muerte de una joven», trad. Paula Quijano Peña, *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación*, 24 (2022), pp. 633-641.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.24.2022.633-641>

SOBRE EL AUTOR

Estos cuentos pertenecen a la compilación *Bunte Steine und Erzählungen* (*Piedras de colores y narraciones*, traducido al español) y, por lo tanto, forman parte de la obra del austriaco Adalbert Stifter (1805-1868).

Descendiente de una familia humilde de comerciantes, este escritor nació en la actual ciudad checa de Horní Planá (Oberplan, por aquel entonces) y estudió Gramática en la Escuela Benedictina de Kremsmünster. Pese a sus intenciones de especializarse en Derecho, Matemáticas y Ciencias Naturales en la Universidad de Viena, finalmente no se graduó.

No obstante, influido por Goethe y Jean Paul, Stifter se adentró en el mundo de las letras en 1840 con su relato «El cóndor», que fue publicado con éxito en la revista *Wiener Zeitschrift*. A partir de ese momento combinó su faceta de escritor con su trabajo de profesor e inspector en las escuelas de Alta Austria.

A pesar del éxito en la vida profesional de Stifter, su vida personal, por el contrario, estuvo marcada por numerosas adversidades que marcaron su visión pesimista de la vida, la cual plasma, en líneas generales, en su obra. Entre dichas experiencias destacan la prematura muerte de su padre, su amor prohibido con Franziska Greipi y su matrimonio infeliz con Amalia Homaupt. Estas vivencias, junto con el deterioro de su estado físico a

consecuencia del cáncer, provocaron que el autor cayera en un profundo estado depresivo que le acabó conduciendo al suicidio.

En cuanto a su obra, Stifter es considerado uno de los autores más representativos y reconocidos en lengua alemana del siglo XIX. Entre sus obras destacan *El solterón* (*Der Hagestolz*, 1944), *Brigitta* (*Brigitta*, 1844), *Las piedras de colores* (*Bunte Steine*, 1853), *Witiko* (*Witiko*, 1867) y *El verano tardío* (*Der Nachsommer*, 1857).

SOBRE LOS CUENTOS

Los cuentos se ambientan en un trasfondo cristiano con el fin de provocar cierta catarsis a través de los contextos que plantean: por un lado, una pequeña niña enferma que se halla postrada en la cama y, por otro, una madre que llora la pérdida prematura de su joven hija.

A través de estos cuentos, Stifter retrata diferentes actitudes propias de la naturaleza humana ante las dificultades terrenales. En «La Misericordia» se puede identificar la reacción infantil de una niña, agobiada por haber pecado y recelosa de Dios y de su virtud del perdón; asimismo, en «Muerte de una joven», se manifiesta el desgarro de una madre por la pérdida de un ser querido y la falta de esperanza en la vida eterna, consecuencia de la obnubilación tras haberse dejado dominar por el dolor.

Igualmente, la actitud de Dios se evidencia en ambos cuentos por medio de sus actos: en el primero, se demuestra cómo Dios escucha y cuida de todos, además del hecho de que, para Él, la persona vale por encima de todo, ya que perdona a la niña sus pecados y la sana de su enfermedad. Del mismo modo, en el segundo cuento, Dios explica a través del ángel la necesidad de tener esperanza en la vida eterna, pues se lleva a cada alma en el momento en el que la encuentra más madura y la bendice con la vida eterna, libre de los castigos y sufrimientos propios del mundo terrenal. Por tanto, en el cuento se concibe la muerte como un acto de misericordia de Dios, pues «después de morir, recibe en su alma inmortal su retribución eterna». (Catecismo de la Iglesia Católica, art. 12: 1021).

Por último, cabe destacar que, mediante el retrato de dichas actitudes, Stifter describe el mundo ideal en el que muestra cuáles serían las actitudes esperadas ante estas situaciones y lo contrasta con su vida personal llena de frustración ya que, como se señaló anteriormente él, a diferencia de los cuentos, no tuvo un final feliz.

«Die Barmherzigkeit»

En «La misericordia» se trata el tema que su propio título indica desde la perspectiva de una niña enferma, Vita, que en un principio no comprende por qué, aparentemente, Dios no la escucha.

Este hecho le aterra, pues cree que es consecuencia de haber pecado, teme que Dios le termine dejando morir en su estado de enfermedad y, por tanto, concluye que no es misericordioso como ella pensaba hasta entonces.

Sin embargo, la madre de Vita le explica mediante algunos ejemplos de situaciones pasadas la invisible omnipotencia de Dios y cómo Él, a través de terceras personas (el doctor, su padre e incluso ella misma), escucha y cuida de todos. Asimismo, mediante dichos ejemplos se rememora parte de la creación divina de Dios (los alimentos, el agua, el fuego) destinada al disfrute de la humanidad.

Como conclusión, la propia enfermedad de Vita, que es el eje principal del cuento, es un ejemplo de la misericordia de Dios, puesto que finalmente otorga a la pequeña el perdón por sus pecados e interviene haciendo que la niña empiece a mostrar los primeros signos de la recuperación de su enfermedad.

«Der Tod einer Jungfrau»

En «Muerte de una joven», Stifter relata el proceso de duelo de una madre que ha perdido prematuramente a su hija y que reflexiona e idealiza todo aquello que su hija hubiese podido vivir de no habérsela llevado la muerte en su juventud. Por ello, culpa a esta del dolor que provoca la ausencia de su hija y de la crueldad que ha sido el hecho de arrebatarle todos los buenos momentos venideros.

Sin embargo, ante tal dolor se le aparece el ángel de la muerte para señalarle cuán equivocada está, puesto que en realidad a través de la muerte su hija ha alcanzado la bienaventuranza y la dicha, y que la muerte no es sino la máxima recompensa de Dios en la que puede descansar libre de cualquier castigo y sufrimiento propio del mundo terrenal.

Asimismo, mediante este mensaje Dios, a través del ángel, legitima el dolor propio que se siente ante la ausencia de un ser querido y desestima el dolor, de índole más bien impío, que se siente al sufrir como propia la pérdida de quienes ya no están: Dios se ha llevado a su hija en el momento en el que su alma estaba preparada y cuando ya había cumplido su misión en la tierra, por lo que ahora está disfrutando de su retribución eterna. Por tanto,

el único motivo que puede alterar la dicha de su hija es la congoja que sienten sus padres y hermanos al anteponer su ausencia en el mundo terrenal a su goce de la vida eterna.

Por último, la madre finalmente encuentra consuelo en las palabras del ángel al saber a su hija bienaventurada y al entender, finalmente, la muerte como el camino hacia la dicha, fruto de la eterna gracia de Dios.

LA MISERICORDIA

La pequeña Vita ha estado muy enferma. Día tras día había estado tumbada en la cama con la carita rosada, los ojos fijos en el rostro de su madre, pero sin reconocerla. Y dormía y dormía con sus manitas encogidas postrada en cama, con la boca y mejilla ligeramente hacia arriba, como siempre hacía cuando quería pedir algo. La madre la contemplaba día y noche sentada en la cama, hacía todo lo posible por ella, incluso le suplicaba al dolor que no molestase hasta que sus mejillas rosadas perdiesen su color y sus ojitos azules se apagasen y se movieran, aún fríos, buscando vagamente cosas dentro de la habitación. Entonces, la pequeña abrió la boca y volvió a hablar de cosas de las que ya había hablado cuando se había puesto enferma. Pero un día, mientras un juguete se hallaba encima de la cama y la luz de una hermosa mañana se colaba en la habitación, la pequeña Vita se quedó muda y pensativa, rompiendo a llorar a moco tendido un poco después. La madre, inclinándose sobre ella y acariciando sus rizos, le preguntó a su querido angelito por qué lloraba.

—Porque he pecado muy, muy gravemente.

—¿Y cómo es que has pecado, querida Vita?

—Porque hace mucho le rogué de corazón a Dios que guardase el gran cochecito de juguete que está siempre a mis pies, y tú has dicho que lo que se le pide de corazón a Dios lo concede, pero no lo ha guardado, y siempre, siempre está ahí. Pero ahora resulta que el cochecito ya no está, y sé que tú lo has guardado y has dejado fuera las muñecas y los vestiditos. Entonces pensé: Dios no es para nada misericordioso, así que no le volveré a pedir nada nunca más. Y, ahora, Él me va a castigar y me va a dejar morir.

Entonces la madre le dijo a la pequeña, que no dejaba de sollozar:

—Escúchame, Vita, te voy a contar una cosa y después te voy a preguntar algo. ¿Todavía te acuerdas de cómo corría el agua caliente por tu brazo, y cómo este te dolía tanto?

—Sí.

- ¿Y qué hicimos entonces?
- Vino aquel doctor tan alto y te dijo algo.
- ¿Y qué hice yo entonces?
- Me acostaste en la cama, me ataste una toalla alrededor del brazo y me regalaste cosas muy, muy bonitas.
- ¿Y qué le pasó a tu brazo al día o a los dos días siguientes?
- Que se puso bueno.
- Y, ¿te siguió doliendo mucho tiempo?
- No, ya no me volvió a doler.
- ¿Cuando el otro día se rompió la bonita copita con la que estabas jugando, si también la hubiésemos colocado una toalla alrededor y la hubiésemos acostado en la cama, se habría recuperado por completo?
- No —dijo la niña riendo entre lágrimas.
- ¿Y por qué no?
- Pues, porque... porque... ¿Por qué no, Mamá?
- Pues mira, porque tu brazo está hecho de carne que se puede lavar, y sangre que fluye por tu cuerpo y te permite crecer. Y cuando te haces daño y se te forma una herida, entonces la carne sale y cicatriza, y también la sangre acude para regarla y que así crezca. Pero la pobre y bonita copita, una vez que se rompe, se queda así y no puedo en absoluto, porque no tiene vida.
- Sí, Madre.
- ¿Y quién le ha dado a la piel la fuerza para crecer, así como a la sangre, para que la riegue y cure?
- Dios.
- ¿Y quién nos ha dado un corazón, a mí y a Papá, para que te queramos tanto y te demos todo lo que necesites para que te recuperes, para que puedas vivir y para que seas muy, muy feliz?
- Dios, Madre.
- ¿Ves ahora, Vita, lo misericordioso que es Dios? Como Él mismo no puede estar en todos lados ni ayudar de inmediato, puesto que Él es majestuoso y vive en el cielo, y ha hecho a todas las personas de tal modo que no pueden soportar que alguien sufra, sino que, más bien, se les rompe el corazón y acuden enseguida para ayudarlo. ¿Recuerdas cómo gritaste cuando el gatito estuvo a punto de morir colgado de la cuerdecita roja, cómo tú lo bajaste, y lo acariciaste hasta que se puso a bostezar y se quedó dormido en tu regazo?
- Sí, Madre.
- Pues del mismo modo Dios le ha dado al doctor la capacidad de aprender las características de las plantas y otras sustancias para poder hacer

pomadas para la gente que se pone enferma, así como jarabes para que se curen. Y al fuego le ha dado Dios la propiedad de calentar, al agua la de ser húmeda, al sol la de brillar; al pan, a la leche y a la fruta la de alimentarnos; y el entendimiento nos lo ha dado para que cada vez entendamos mejor estas cosas y para que aprendamos a usarlas cada vez mejor. Y a todas partes envía personas como ángeles de la guarda para que nos ayuden; y así uno de ellos vino a mí anoche, y me dijo que te guardara el cochecito. ¿Lo entiendes ahora, Vita?

La niña enferma había estado manteniendo abiertos sus ojitos claros y escuchando con atención, hasta que finalmente se le cerraban los párpados, como si quisiera dormir, como aquel gatito al que había acariciado. Llevaba ya un rato convencida, y en su carita se percibía una paz tal, como si hubiese sido el propio Dios quien había estado allí mismo, diciéndole todo aquello, puesto que los niños se creen todo lo que les dicen sus padres. A todo esto, la madre salió a la habitación de al lado y se echó a llorar hasta que ya no le quedaron lágrimas, sin saber si lloraba de alegría o de dolor.

Cuando regresó al cabo de un rato, la niña dormía profundamente y sus mejillas habían recuperado el color rosado, y sobre su delicada frente había unas gotitas transparentes mientras unos muñecos se encontraban esparcidos por la mantita, sin moverse, para que el reparador sueño no fuera interrumpido.

MUERTE DE UNA JOVEN

Una niña, una joven, creció en inmensa alegría y se convirtió en una mujercita llena de virtud. Sin embargo, estaba destinada a morir antes de su vigésimo cumpleaños y, con ella, todos los años venideros llenos de preciosos cielos, de deseos, de alegrías... toda una vida de buenos momentos, tal vez al lado de su marido, rodeada de adorables niños, llevando su casa, donde sería ejemplo de amabilidad y virtud; o en entrada edad, donde sería cuidada por sus hijos y nietos agradecidos. Sin embargo, todo eso, todo, les ha sido arrebatado de un modo irrecuperable. Lo que los padres, ahora solos en este mundo y descendiendo el puente de la vida, esperaban contemplar era a su hija ascender alegre los primeros escalones de ese puente; pero ya nunca será posible. Y traigan lo que traigan los hijos que se quedan, una flor ha sido arrebatada de esa corona de la alegría, y lo que el dolor dice siempre, aun estando equivocado, es: «la flor perdida habría sido la más hermosa».

La madre de la difunta niña, una mujer buena, de sereno carácter, que se habría rendido tan felizmente si el gran dolor y la rendición hubiesen ido de la mano, si solo el alma le hubiese dicho cómo alimentar el dolor... si solo supiese cuán apaciblemente descansaba su hija, cuán dulce, cuán llena de amor hacia sus padres. Si solo supiese cómo abrazaba el sufrimiento de su madre, cuán sosegada se encontraba con respecto a la enfermedad de su padre, a quien ella guiaría con cariño y cuidado, como si hubiese merecido la pena desprenderse de todos los venideros deleites de la vida; y ahora, tener que yacer en una fría tumba... pobrecita. Un día, al atardecer, la madre de la niña, embriagada de un dolor que no era capaz de expresar, se sentó en la salita a llorar y a reprochar a la cruel y miserable muerte cómo era capaz de llevarse algo tan valioso y nunca traerlo de vuelta. Y lloraba rota de dolor, empujada por las lágrimas que brotaban sin parar de su corazón, pero que emanaban de sus ojos. A medida que iba anocheciendo y se iba volviendo más oscuro, y solamente el brillo de la delgada luna hallada en el cielo caía sobre los aparejos de la salita, puesto que la mujer se había olvidado encender la luz, se le apareció un hermoso ángel cuyos cabellos suaves y brillantes le caían hasta el cuello. Sus ojos eran tan grandes, tan amables, y mostraban tan gran desazón... y tenía una silueta sencillamente perfecta, sin el más mínimo atisbo de defecto:

—He venido de parte de tu hija por la que nunca dejas de llorar —dijo el ángel—, Dios le ha concedido el premio; tu hija ya ha cumplido su misión en la tierra: ser una niña buena y obediente, convertirse en una joven pura y virtuosa y dejar esta imagen de bondad en el corazón en los suyos. Se ha ido siguiendo su precioso destino. Se ha ido en su juventud, tiempo en el que todos los ángeles habitan en el corazón de las personas y los llenan de dicha: el ángel de la virtud con alegría, el ángel de la esperanza con los atardeceres venideros, el ángel de la belleza con el espejo del corazón en el que todo se refleja: lo majestuoso, lo sublime, la complacencia, la moral, la dulzura y la humildad. Se ha ido en su juventud, donde el corazón vive su máxima dicha, y se ha ahorrado todos los caminos de espinos que depara la vida, pues los ángeles de los jóvenes no siempre se quedan en el corazón, sino que muestran la belleza y después se marchan, y dejándole a uno dar el mismo cumplimento y, si no... ¡Ay! Entonces cuán a menudo vienen otros ángeles, a veces malvados: la pena, la desdicha, la desgracia, el infortunio... Y cuán a menudo viene también el pecado con su séquito de sufrimiento y remordimiento y, a menudo, de destrucción. Estos escalones tan duros, que lo hombres tienen que ascender, se le han ahorrado, pues en realidad ha alcanzado una vida diferente, desconocida, libre de castigo e inconcebible en

la tierra. Ha sido llevada sobre alas a la vida de bienaventuranza, aún incomprendible e inalcanzable a ojos terrenales. Tú has dicho y pensado que debería ser recompensada por su bondad, y dicha recompensa ya le ha llegado. Entonces, no sabes que ya en tiempos remotos del paganismo, cuando una madre pedía por la virtud de su hijo, ¿era acaso la muerte dicha recompensa?

La madre de la difunta niña, que en todo momento pensaba que estaba soñando y que al mismo tiempo no podía apartar los ojos del ángel, sintió de repente el impulso de abrir sus labios y preguntarle al tan bueno, amable y clemente ángel:

—¿Entonces mi hija ya no padece ningún dolor?

—Puesto que no es posible ahorrarle a nadie el dolor en esta tierra y puesto que no hay parto sin dolor, tampoco es así con el nacimiento a la otra vida, y por ello tu hija tuvo que padecer una larga enfermedad antes de su muerte. Sin embargo, ahora por lo único que sufre es porque sus padres y sus hermanos se afligen demasiado por ella. Ella es una bienaventurada. No ha perdido nada, sino que ha ganado; solamente los que se han quedado atrás en la tierra han perdido: han perdido las esperanzas depositadas en ella, han perdido la alegría que habrían vivido con ella, han perdido la imagen de bondad y el amor que habrían sentido al verla ante sus ojos cada día. Cuanto más se llora por la propia pérdida, más pecaminoso se vuelve el dolor, y tú no debes alojar tener este dolor impío. Sin embargo, el dolor moderado y noble es legítimo, pues se trata del dolor con el que tenemos que vivir, propio de no tener a nuestro alrededor la imagen de bondad y de amor. Ese dolor es superior y más puro, y es una bonita obra que se le puede ofrecer a Dios. Acéptalo como una joya de tu espíritu y de tu alma; pero el otro dolor que alojas y al que te entregas lleva incluso a mezclar el pesar con la bienaventuranza de tu hija, que en el cielo está.

—¿La has consolado? —preguntó la madre.

—La he consolado mientras la llevaba a través de las oscuras y dulces flores de la muerte —respondió el ángel.

—¿Entonces quién eres tú —preguntó la madre— que eres tan bueno, dulce y hermoso?

—Soy el ángel de la muerte —respondió él.

—¡Eres el ángel de la muerte, y eres tan adorable! ¿Y eres tú quien se lleva a todos los hombres de aquí?

—A todos —contestó él.

—¿Entonces también nos llevarás a nosotros? —preguntó ella.

—También, cuando se acaben vuestros días os llevaré hasta ella para que no haya separación alguna, ni sufrimiento, ni pecado, ni error.

—Entonces ve también donde su padre y sus hermanos —pidió ella— y consuélalos.

—No me puedo aparecer ante ellos —respondió el ángel— porque sus corazones no están tan preparados, pero ve tú donde ellos y cuéntales lo que has visto, y así encontrarán consuelo.

El ángel desapareció. La madre, en su soledad, observó en la esquina de su ventana la delgada y amable luna posando un suave brillo plateado sobre los aparejos de la habitación, y era como si en medio del gran dolor en el que se hallaba, su corazón se inundase de una gota de dulce bienaventuranza caída del cielo en el que ahora su hija vivía.

FUENTE DE LOS CUENTOS ORIGINALES

Stifter, Adalbert (1996), «Die Barmherzigkeit» y «Der Tod einer Jungfrau», en *Bunte Steine und Erzählungen*, 9, Düsseldorf / Zürich, Artemis & Winkler Verlag, pp. 347-351 y 457-460.

BIBLIOGRAFÍA

Adalbert-Stifter-Institut des Landes Oberösterreich (s. f), «Adalbert Stifter», en <https://stifterhaus.at/adalbert-stifter/biografie> (fecha de consulta: 4/3/2021).

John, Johannes (2013), «Stifter, Adalbert», en *Neue Deutsche Biographie*, 25, pp. 339-341, en <https://www.deutsche-biographie.de/pnd118618156.html#ndbcontent> (fecha de consulta: 5/3/2021).

La Santa Sede (2005), *Catecismo de la Iglesia Católica*, en https://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p123a12_sp.html (fecha de consulta: 4/3/2021).

Mendizábal Álvarez, Juan (s. f.), «Adalbert Stifter», en <http://impedimenta.es/autores.php/stifter-adalbert> (fecha de consulta: 4/3/2021).